

## DOS TEMAS CORTESIANOS

Ernesto de la TORRE VILLAR

PRESENTO EN ESTOS ENSAYOS dos temas que me sugirió el estudio de la actividad cortesiana, en ocasión del V centenario del nacimiento del conquistador. Cubren aspectos muy diferentes y fueron redactados bajo el mismo ánimo espiritual.

### HERNÁN CORTÉS Y EL MAR

Como extremeño no tenía tradición marinera. Su tierra, agria y difícil, de espaldas al mar, empujaba a sus hombres hacia el corazón de España, hacia Castilla, donde estaba el poder. Sólo más tarde, en los años de las exploraciones, marchó en dirección de Andalucía hacia los puertos de los cuales se podía ir a través del océano a las nuevas tierras.

Hasta los 14 años, época de recia formación, anduvo por Medellín, Trujillo, Cáceres y Guadalupe. Al salir de la adolescencia fue a Salamanca, en cuyos colegios inició estudios de latinidad y jurisprudencia, que a pesar de su corta duración le dejaron bien grabadas las formas de discurso: claridad y concisión, y la lógica jurídica. El haber trabajado con un escribano afirmó el estilo del conocedor del derecho.

En Salamanca, en la meseta castellana, le alcanzó la juventud y se le despertaron inquietudes de toda clase que le empujaron a aventurar y vagar por otras tierras, hasta las de Valencia, donde escuchó narraciones de viajeros y marinos que desasosogaban mentes inquietas y briosos cuerpos que buscaban desahogar sus fuerzas, tanto físicas como espirituales. Si bien vuelve a Medellín, lo hace tan sólo para despedirse de la familia y afirmar su decisión de emprender los caminos del mar.

San Lucar de Barrameda le vio partir en 1504, a los 19 años pues había nacido en 1485, embarcado en una nave de Alonso Quintero que partía rumbo a la Española. La isla estaba gobernada por Nicolás de Ovando, que en las largas y enrevesadas genealogías aparece como pariente de Cortés, y a cuyas órdenes va a servir. Ignoramos la experiencia de su travesía larga y difícil. Juventud y entusiasmo suplían o menguaban las penalidades del viaje. Cruzó el mar en diversas ocasiones y debió hacerlo con entereza. Sólo una vez, al final de su desastroza expedición a las Hibueras, agotado y decepcionado, escribirá que tuvo que descansar varios días en tierra por temor al mar, por sentirse inseguro, enfermo y amedrentarle en ese momento la navegación.

En la Española, donde aún se combatía contra tainos, aruacos y caribes, unos bárbaros, otros más civilizados, tiene que enrolarse en las milicias que luchan contra los naturales de Amihayahua y Guacayarimón, lo que le permite convertirse en encomendero y escribano del ayuntamiento de la villa de Azúa. Vive seis años tranquilo en ese pueblo recién fundado, al que de continuo llegan nuevos colonos con los que establece amistad. Conoce a Diego Velázquez, vecino acomodado, hombre de empresa ambicioso y conocedor de los resortes poco honestos que mueven a los altos funcionarios encargados de los negocios de Indias. En su hueste figura cuando aquél emprende la conquista de Cuba y en premio obtiene la encomienda de Mánicarao. El paso de la Española a la Fernandina le obliga a navegar y también cuando marcha hacia el oriente cubano, a Santiago de Baracoa donde se acerca. Los amores con Catalina Juárez le relacionan con Velázquez con quien hace las paces y del que recibe la Alcaldía de Santiago. Ya autoridad, sigue de cerca el proceso de colonización antillana, el despoblamiento de las islas, la llegada de población negra que sustituye al indígena, el desarrollo de la ganadería y de la agricultura. Las protestas de los frailes dominicos por el mal trato a los indios. El mar junto a él le incita. Ve los navíos cruzar el Caribe en varias direcciones y sabe que tocan por el norte de Florida y hacia el surponiente el istmo panameño.

Su protector, Velázquez, se enriquece con el tráfico de indios y las expediciones de rescate, y con más visión y recursos arma en 1517, primero la expedición de Hernández de Córdoba y luego la de Juan de Grijalva. Un mundo de artesanos españoles dispuestos a cambiar el cincel, la sierra, el cepillo, el escoplo que producían poco, por una vida de aventuras que podía enriquecer rápidamente, se vuelca en las islas, y como tienen que ganarse la vida traba-

jan en la construcción de las casas de los afortunados, en los astilleros donde multitud de navíos de diverso tamaño tratan de satisfacer las necesidades de comunicación entre las islas y más allá. Marineros, grumetes, pilotos, gente de mar, hábil en el manejo de bergantines, recorren y amplían el itinerario de Colón; se atreven por los canales de las Bahamas, tocan los cayos, descubren las corrientes y se familiarizan en la navegación insular.

Los colonos antillanos comienzan a aculturarse. A falta de trigo para amasar el pan que acostumbran, comen el pan cazabe y su alimento se enriquece con tubérculos de toda especie, con el ají y el maíz. Fuman tabaco y crían con éxito piaras inmensas de cerdos cuya carne salan. Pan cazabe y tocinos representan buen negocio para los granjeros, pues con ellos aprovisionan los barcos que van hacia las nuevas tierras.

Los recién llegados a las islas son de diversa extracción social. Los hay de limpio linaje emparentados con la nobleza de Castilla como Alonso Hernández Puertocarrero pero sin dinero; muchos otros son de humilde origen, aun cuando todos se decían hijosdalgos. A menudo era toda la familia la que venía a buscar fortuna, como los Alvarado. La mayoría eran hombres de tierra, no de extracción marinera. Gente de litoral, marineros, pilotos los hay también como Camacho, trianero, como Antón de Alaminos de Palos, Juan Álvarez el Manquillo, de Huelva, un Sopena de Moguer y numerosos grumetes acostumbrados al riesgoso trabajo de la navegación. Marineros fogueados en largas y duras travesías cuya mente ya no admitía las consejas de los monstruos marinos, de los seres fantásticos de ultramar, sino que confirmaba sus conocimientos sobre los viajes trasatlánticos y abría para ellos y para todo el mundo nuevos conceptos basados en confirmaciones de carácter científico y en la diaria experiencia. Estos hombres sabían que iban a llegar a nuevas tierras, con hombres iguales a ellos pero de diferente cultura, y con una naturaleza diversa de la europea a la que se iban acostumbrando poco a poco.

A su lado, aventureros, soldados, campesinos, clérigos de vida no muy regular y regulares no muy ordenados, iban de pueblo en pueblo, muchos insatisfechos de la pobre encomienda que les había tocado, otros más descontentos porque no habían conseguido indios de repartimiento, ni minas que explotar. Todos querían seguir adelante. Las islas representaban un trampolín hacia un destino mejor. Las noticias que a diario llegaban de nuevas tierras les incitaban a tomar parte en las expediciones que se armaban. Los capitanes afortunados como Velázquez arriesgaban su fortuna en

nuevas empresas. Era gente de acción, agresiva como hoy tan feamente se dice, pero resuelta, decidida, independiente.

Así vivía Hernán Cortés, con los pies firmemente asentados en tierra como siempre los tuvo, y la mente y el corazón más allá del océano, de las aguas verdiazules y transparentes del Caribe, cuyo contorno aún no se precisaba totalmente. En las Antillas, los colonos acostumbráronse a los ciclones, que eran los únicos fenómenos que les anunciaban el cambio de estaciones. Los marinos supieron de los nortes que se levantaban y que hacían peligrosa la navegación.

El año de 1517 trajo para Cortés un buen anuncio. Supo de las armadas de Francisco Hernández de Córdoba, de sus hallazgos de nuevas tierras y de su desastroso enfrentamiento con los indios, de cuyas heridas murió. Buena información debió recibir de los sobrevivientes que le hizo percatarse de que en lo recién descubierto, los naturales, cuyo número era abundante, ofrecían resistencia pero también tenían abundantes objetos de oro. La expedición de Juan de Grijalva, hecha con mayores elementos y mejor fortuna incendió su entusiasmo, su espíritu fogoso y razonador. No fue don Hernando hombre irreflexivo, sino excesivamente prudente, cauto, calculador, que tomaba decisiones una vez que su ágil mente le mostraba el camino mejor a seguir. Los buenos resultados de la exploración de Grijalva, el relato de su viaje confirmado por todos sus compañeros de jornada, entre otros por el magnífico narrador que fue Bernal Díaz del Castillo, quien había navegado también con Hernández de Córdoba, inquietó el ánimo de Cortés y de muchos otros hijosdalgos que esperaban el soplo de la fortuna, y no querían dejarla escapar.<sup>1</sup>

Engolosinado Velázquez con los resultados de la exploración de Grijalva y seguro de que si conducía una mejor y mayor, podía rendirle pingües frutos, decidió armar una tercera con navíos más numerosos, amplia y bien pertrechada hueste para defenderse de las agresiones de los indios, ampliar la exploración de la tierra y obtener por rescate y botín buenas utilidades. A más del oro, la posibilidad de apresar indios y llevarlos como esclavos representaba la finalidad última. No estaba en el ánimo de Velázquez poblar, crear centros de población aportando elementos civilizadores, sino obtener con facilidad ganancias suficientes.

Si el mediano éxito de la expedición de Grijalva decidió a Velázquez a realizar una tercera, esa decisión fue la que aprovechó brillantemente Cortés para afianzar a la veleidosa fortuna, para no

<sup>1</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1982. Véase la bibliografía al final de este artículo.

dejarla escapar, para alcanzar no sólo aquello que primero deseó, oro, sino lo que además obtuvo, fama y poder.

La relación que tenía con Velázquez, su gran amistad y la extraordinaria habilidad para manejar amigos que le había ganado crecido prestigio en Santiago y en otras poblaciones de la isla, inclinó la balanza de su lado. Bernal Díaz, quien conoció el intrínsecos de los hechos, indica que dos privados de Velázquez, Andrés de Duero, su secretario, y Amador de Lares, contador de Su Majestad, fueron los personajes que determinaron muy interesadamente la elección de Cortés por sobre otros hidalgos como Vasco Porcallo, al que por atrevido se le eliminó, así como a otros, entre ellos a varios parientes de Velázquez y al mismo Grijalva.<sup>2</sup>

Dirigida la elección hacia Cortés, éste, astutamente actuó asegurándose el favor del gobernador y el apoyo de numerosos hidalgos, de tal suerte que el 23 de octubre de 1518 Velázquez celebró un arreglo con Cortés, el cual pasó ante el escribano Alonso de Escalante, confiándole la empresa. Terminados los preparativos y ante la posibilidad de que Velázquez mudase de opinión, dadas las protestas de partes interesadas que se levantaron, la expedición compuesta de 11 naves zarpó de Santiago el 18 de noviembre, haciendo escalas en Trinidad y La Habana para proveerse de pertrechos y hombres. El 18 de febrero de 1519 dejó la isla de Cuba Hernán Cortés como jefe de una gran empresa descubridora. Con él iban 508 soldados, 100 marinos: maestros, pilotos y marineros; 32 ballesteros, 13 escopeteros; 16 caballos y yeguas, cuyo nombre y calidad recordaba perfectamente Bernal Díaz; toros de bronce, cuatro falconetes, mucha pólvora y balas.<sup>3</sup> Entre los pilotos de la expedición estaba Camacho, que iba en el primer navío que Cortés mandó, el cual llevaba como capitán a Pedro de Alvarado. En los 10 navíos restantes sabemos que iban como piloto mayor Antón de Alaminos de larga experiencia, auxiliado por otros pilotos, entre ellos Juan Álvarez el Manquillo, Diego Cermeño, Gonzalo de Ungría, Sopena de Moguer y otros cuyo nombre se ha perdido. Cortés iba en la nave capitana al mando de toda la hueste, él determinaba los movimientos y acciones de la armada, mas eran los pilotos los que llevaban los diarios de navegación, los encargados de registrar distancias, posiciones, alturas, profundidades, dirección de los vientos y corrientes. Desconocemos sus libros, que debieron haberse perdido en medio de los azares de la expedición.

<sup>2</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1982, p. 36.

<sup>3</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1982, p. 48.

Cortés apenas si nos deja una que otra descripción de los sitios tocados, pero no un diario marino como los de Colón o Magallanes. La impresión del recorrido marítimo de Cuba a Veracruz que Cortés plasma en sus cartas, es demasiado escueta, casi nula. Más importante para ese efecto es la que escribió el padre Juan Díaz, quien vino con Grijalva, la cual es conocida como *Itinerario de Juan de Grijalva*. Bernal Díaz, al inicio de su *Verdadera historia* y como participante de las tres expediciones a México, proporciona mayores datos, más cuidadosos y amplios. Cortés interesóse por la situación política, por el contacto con los naturales, por hacer resaltar las medidas tomadas en relación con la conducta de los indios y la de sus compañeros de expedición, pero no por describir paso a paso el derrotero realizado para dejar un verdadero diario de navegación, “como el buen piloto que lleva la sonda”, como diría Bernal, quien agregaba, “no sabía del arte de marear ni de sus grados y alturas”.

Así es la relación de Cortés en la cual sólo de vez en vez encontramos referencias directas, breves, más dirigidas a la explicación de su conducta o la de sus compañeros que a la acción náutica. Tanto en sus cartas como en los comentarios de Díaz del Castillo, advertimos que como capitán, Cortés dispone el manejo de la flota y sus componentes con seguridad y firmeza, sin titubeos; mantiene el orden y la disciplina y castiga a quien vulnera las normas que ha trazado. Al piloto Camacho lo reprende y pone grillos por no haber aguardado al salir de Cuba al resto de la armada y a Pedro de Alvarado amonesta con severidad por apoderarse de unas gallinas de los indios en Cozumel. Le llevaba el capitán bien clara la conducta que debía seguir con los naturales: no ofenderlos, respetarles sus propiedades, no vulnerarles su libertad, requerirlos de paz en varias ocasiones y sólo en caso de agresión defenderse; castigar a los más rebeldes si no era posible conquistarlos de buen grado. A sus capitanes impone dura disciplina. Si al principio no estuvo seguro de la lealtad de muchos y tuvo que resistir con firmeza los deseos de rebeldía de algunos con promesas y halagos, más tarde, una vez tomado el acuerdo de penetrar en la tierra, conquistarla y poblarla, tiene que mostrarse severo, impedir que su hueste desercione, para lo cual embarranca la flota y castiga a los reacios y alborotadores, incluso con la pena de muerte, que impone a varios, y con crueles procedimientos como el hacer cortar los pies a uno de los pilotos, a Gonzalo de Ungría, y condenar a pena de azotes a varios marineros.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> CORTÉS, 1952, pp. 41, 42.

La resistencia de los marinos para ir tierra adentro, combatir con innumerables indios y aventurarse en un territorio totalmente desconocido, era explicable. Su medio era el mar y en él sentíanse seguros. Sabían luchar contra los indios del litoral si los atacaban, pero no eran hombres de guerra dispuestos a arrostrar en tierra rudos combates. Cortés tuvo que imponerse para convertir a los hombres de mar que llevaba en soldados.

Su mente va puesta en el descubrimiento, en la conquista de las tierras que encuentra. Esa será siempre la idea que guíe a don Hernando. Estima que una flota es indispensable para movilizar la hueste, para llevarla a un sitio determinado que se pretende descubrir, dominar y poblar, para asediar al enemigo; pero que lo esencial en una empresa como la que iniciaba era ejercitar una sabia política que disminuyera el riesgo de enfrentamiento con poblaciones numerosas, atrayéndolas por la persuasión, por las alianzas, por un hábil manejo de su mentalidad, de su circunstancia política y socioeconómica; y en segundo término realizando una acción guerrera decidida, oportuna, eficaz, para preservar en medio de multitud de naciones a un corto número de soldados, que si bien desde el punto de vista de la táctica militar eran superiores, su número era tan reducido que había que apoyar la acción militar en la acción política. Las empresas marítimas que realiza una vez destruido el poder mexica, sus afanes de exploración por la Mar del Sur, el establecimiento de artilleros en diversos sitios, la construcción de naves que irán hasta California, todo ello va encaminado a esa finalidad. No es Cortés un navegante a la manera de Magallanes, de Elcano, de Vespucio, sino un gran conquistador, un capitán que utiliza la armada naval para efectuar empresas extraordinarias, que estima que el mar es una vía por la que puede llegar al destino que se ha fijado, un camino difícil pero seguro para penetrar en tierras nunca vistas ni tocadas anteriormente y a las que desea arribar para dominarlas, sujetarlas a su invictísimo emperador, gozar de sus riquezas y transmitirles los elementos civilizadores que le motivan, los de la cultura occidental, los de su fe que fue siempre en él sostén y constante impulso.

El agua, el mar, representaron para Cortés siempre un camino, nunca un obstáculo. Aun cuando ese elemento era muy poderoso y destrozara hombres y flotas, podía ser dominado por la experiencia naval, por el manejo de la técnica náutica ejercitada inteligente y poderosamente. En algunos párrafos de sus cartas menciona los nortes, el mal tiempo que impedía que la tripulación embarcara, zarparan los navíos y navegaran, como ocurrió en Cozumel,

impedimento que fue de consecuencias positivas pues permitió encontrar a Gerónimo de Aguilar, quien tanto serviría en la expedición. Más elocuente ante esos obstáculos es la narración que nos deja en torno al cruce de los caudalosos ríos que hizo en su expedición a las Hibueras. Después de referirnos uno y mil sufrimientos que experimentó su hueste para atravesar inmensos pantanos, ciénegas peligrosísimas, manglares asfixiantes, en los que morían esclavos negros e indios y donde los animales se hundían en el cieno o eran arrastrados por las turbulentas aguas, nos cuenta cómo tuvieron que construir para llegar a la provincia de Acalan un puente “que a todos pareció cosa imposible de acabar y pasaron por ella todos los caballos y gente y tardará más de diez años que no se deshaga si a mano no la deshacen: y esto ha de ser con quemarla y de otra manera sería dificultoso de deshacer, porque lleva más de mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de hombre y de nueve y diez brazas de largura, sin otra madera menuda que no tiene cuenta” y agrega respecto a su factura: “y certifico a vuestra majestad que no creo habrá nadie que sepa decir en manera que se pueda entender la orden que estos [naturales] dieron de hacer este puente, sino que es la cosa mas extraña que nunca se ha visto”.<sup>5</sup>

Fue el mar para Cortés medio y vehículo, no muralla infranqueable y por él realizó sus empresas. Estimó el valor de la flota como forma de transporte, pero también como fuerza de combate. Así lo entendió y cuando quiso domeñar a un rival poderoso que se consideraba inexpugnable en su islote, resolvió atacarlo por el agua. Por ello al iniciar el asedio de Tenochtitlan decidió sitiara y combatirla y con ese fin ordenó la construcción de los bergantines que trajeron de las tierras aledañas a Tlaxcala, y uno de los cuales sorprendió a Cuauhtémoc haciéndolo prisionero. La utilidad de una fuerza naval para dominar la ciudad de México la encarecería en su “Cuarta Carta de Relación” en la cual señala al monarca la importancia que el dominio del agua tendría para garantizar la sujeción de la ciudad, y así escribe subrayando el valor estratégico y de ingeniería militar de las obras construidas para ese fin.

Puse luego por obra —dice— de hacer en ella una fuerza en el agua, a una parte de esta ciudad en que pudiese tener los bergantines seguros y desde ella ofender a toda la ciudad si en algo se pudiese, y estuviere en mi mano la salida y entrada cada vez que yo quisiese, e hizose. Está hecha tal, que aunque yo he visto algunas casas de atarazanas y fuer-

<sup>5</sup> CORTÉS, 1952, pp. 320, 321.



zas, no la he visto que la iguale; y muchos que han visto mas afirman lo que yo; y la manera que tiene esta casa es que a la parte de la laguna tiene dos torres muy fuertes con sus troneras en las partes necesarias; y la una de estas torres sale fuera del lienzo hacia la una parte con troneras, que barre todo él un lienzo, y la otra a la otra parte de la misma manera; y destas dos torres, va un cuerpo de casa tres naves donde están los bergantines, y tienen la puerta para salir y entrar entre estas dos torres hacia el agua; y todo este cuerpo tiene así mismo sus troneras, y al cabo deste dicho cuerpo, hacia la ciudad, está otra muy gran torre, y de muchos aposentos bajos y altos, con sus defensas y ofensas para la ciudad; y porque la enviaré figurada a vuestra Sacra Majestad como mejor entienda, no diré mas particulares della, sino que es tal que con tenerla, es en nuestra mano la paz y la guerra cuando la quisieremos, teniendo en ella los navios y artillería que ahora hay...<sup>6</sup>

El mar como medio de dominar la tierra, "tierra adentro muy llana y de muy hermosas vegas y riberas, tales y tan hermosas que en toda España no pueden ser mejores, ansí de apacibles a la vista, como de fructíferas de cosas que en ellas siembra..."<sup>7</sup> Prudentemente organizaba las exploraciones, recorría el litoral, recababa información, ordenaba se levantaran planos de la costa. Cuando inicia su viaje a las Hibueras en la Villa del Espíritu Santo, en Coatzacoalcos, reúne a los indios, les solicita información y hace levantar un plano que según él mostraba el litoral de Yucatán hasta Panamá, que le permite confirmar su decisión de ir al Sur por tierra en busca de Cristóbal de Olid. Cuando inicia sus exploraciones en el Pacífico, ordena a uno de sus capitanes y pilotos bajen desde Colima hacia el sur una distancia de 200 leguas, explorando los puertos que podían ser aprovechados y tratando de hallar un caudaloso río en el sur, para saber su anchura y grandeza. Posiblemente dadas las distancias anotadas se trataba del río Guayas en el Ecuador.

Sabedor que el océano era camino para llegar a nuevas tierras, hace vigilarlo. En 1526 tiene noticias de que en el Mar del Sur han aparecido algunas naves y ordena se informe detenidamente de ellas, habiendo sabido eran parte de la armada de Loaísa que iba a las Molucas y a las cuales ofrece ayuda en caso de necesitarla. Las islas de la Especiería, las tierras del poniente le tentaron y para ello realiza preparativos para marchar a su descubrimiento y conquista. Más aún solicita capitular con el emperador para efectuar esos descubrimientos. Nada lo detiene, su arrojo es tal que el anchuro-

<sup>6</sup> CORTÉS, 1952, pp. 286, 287.

<sup>7</sup> CORTÉS, 1952, p. 32.

so mundo que ha conquistado le parece estrecho y desea lanzarse a nuevas conquistas. Él ansiaba descubrir y sujetar nuevos pueblos como los misioneros, quienes al poco llegar desearon también partir al poniente, el oriente europeo, en busca de almas que salvar. ¡Curiosa coincidencia de unos anhelos que siendo diferentes encontraban una convergencia!

En esos intentos, Cortés ansió descubrir el camino más corto que ligara el Atlántico con el Pacífico y pensó que costeando el litoral Atlántico hasta los bacalaos, esto es Terranova, podía hallarse ese paso. Otra expedición subiría bordeando el Pacífico hasta el norte donde debería salir el dicho estrecho. Es importante hacer notar cómo Cortés, desde la Nueva España se informa de cuanto ocurre en materia de exploraciones y descubrimientos, tanto para confirmar sus propios deseos y apoyar sus planes descubridores como para aprovechar la información que otros navegantes trajeran de remotas tierras. Cuando le propone al monarca que le permita explorar las Molucas y la Especiería, hace mención de Magallanes y su expedición, así como de la de Loaisa.<sup>8</sup>

Si en esos planes ambiciosos ponía su voluntad y recursos, también se preocupaba por conocer y precisar el propio litoral novohispano, por entrar en los ríos y a través de ellos poblar sus riberas, ricas en hombres y en productos. Si el viaje a las Hibueras lo hace por tierra luchando a brazo partido con una geografía dura, brava e invencible que superó con mucho sus previsiones, ese viaje trató de apoyarlo por la vía marítima. Para ello hizo construir varios carabelones que llevaban vituallas, pertrechos y refuerzos humanos, los cuales desgraciadamente poco pudieron hacer para auxiliar a la hueste, exhausta, desesperada y abatida, que fue diezmándose en el pavoroso trayecto que siguió.

De toda suerte, las exploraciones por agua, el ingreso a los ríos, le permitió elaborar un amplio proyecto colonizador con el que intentó poblar tanto las tierras tabasqueñas, como las que estaban al norte de Pánuco y llegar hasta el río de las Palmas y la Florida. El camino del mar no atemorizó al conquistador. Sus ansias de dominio de inmensas tierras y crecidos pueblos no las detenía el océano en el cual se aventuraba con arrojo, encendido su espíritu de un ansia incontenible de superación.

<sup>8</sup> CORTÉS, 1952, p. 395.

EL MUNDO AMERICANO DE HERNÁN CORTÉS.  
SU VALOR RELIGIOSO

Cuando Cortés partió de San Lucar de Barrameda en 1504 rumbo a la Española, habían transcurrido 12 años del hallazgo del Nuevo Mundo, durante los cuales la concepción del universo-mundo había cambiado. Colón en sus descripciones mostró ensimismado la naturaleza exuberante, casi paradisiaca, de las islas y como hombre del Renacimiento pintó, con morosa delectación, la ingenua desnudez de los pueblos hallados y comprobó su igualdad humana. Sólo costumbres y formas diferentes de vida, pero la misma esencia racional y espiritual. Colón mismo observó las diferencias culturales de los grupos encontrados, la docilidad y mansedumbre de unos, el carácter belicoso e indómito de otros.

En la Española, cuando entraba en los 20 años, pues nació en 1485, Cortés se enfrentó con la naturaleza y el hombre americano, diversos de las mesetas castellanas y de las vegas de Valencia y de sus compañeros de estudio y vagancia. No contamos con descripción ninguna de su estancia en las islas, reveladora de sus impresiones del mundo descubierto. Si bien debió haberse aculturado a ciertas formas de vida: alimentación, vivienda, vestido, ritmo de trabajo, mantúvose unido a la formidable cohesión a su cultura de los colonos españoles, sin la cual todos hubieran sido absorbidos por la tierra americana. La defensa necesaria contra los indios, sus funciones de escribiente-mantenedor de las formas jurídicas y del derecho que inflexiblemente normaba su acción, arraigó en él dos ideas que representan una constante: el sujetar a los aborígenes, primero con el convencimiento y si éste fallaba por fuerza; y en segundo término, aplicar el derecho, las normas jurídicas, la organización institucional, aun cuando fuera forzando y violando sus principios, para establecer un orden, unas formas institucionales que hicieran posible la convivencia, la constitución de una sociedad organizada, fuerte, compacta, cuya solidez permitiera la asimilación de amplios grupos sociales a un organismo superior regido por las normas elevadas de la cultura europea.

Su descripción del mundo americano se inicia sólo en 1519, cuando redacta sus *Cartas de relación*. Como la primera de ellas no la conocemos, es a partir de la segunda, escrita en 1520, y en las posteriores hasta la última que lleva fecha de 1526, en las que hallamos sus impresiones. En todas ellas es México el que constituye sujeto y objeto de su interés, y en esas maravilladas y maravillosas epístolas en las que encontramos, pintados por él mismo, la natu-

raleza mexicana y el mundo material y espiritual de sus habitantes. A base de ellas reconstruyamos natura y humanidad del mundo mexicano.<sup>9</sup>

Si bien en sus cartas revela la enorme impresión que hombres y tierras le producen, ese sentimiento lo encubre un tanto e intencionadamente al señalar que lo hallado en México es similar y equiparable a lo existente en la Península, que la misma bondad y grandeza de las tierras españolas se encuentra en las por él sometidas. Su arraigo a la vieja España, la estimación de sus virtudes naturales es tanta que no encuentra nada mejor para calificar a la tierra conquistada, para justificar su deseo de fijarse en ella e incorporarla al imperio del César, que equipararla al viejo reino, calificarla con el mismo nombre, nombrarla como la España nueva, la Nueva España. Por ello escribe al emperador:

Por lo que yo he visto y comprendido acerca de la similitud que toda esta tierra tiene con España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en muchas otras cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así en nombre de Vuestra Majestad se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico a vuestra alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así.<sup>10</sup>

Extraigamos de sus *Cartas de relación*, su descripción del mundo que descubrió y sometió, todo aquello que nos permita reconstruirlo, que nos posibilite captar sus formas materiales y las esencias de su espíritu. Veamos primero el mundo material.

A Hernán Cortés, no le atrae tanto la naturaleza como a Colón, a Bernal Díaz, ni a Fernández de Oviedo. Sus descripciones de la tierra son precisas y breves, no se deleita en ellas ni prodiga adjetivos, señala lo esencial como hace al mencionar los volcanes que flanquean la ciudad de México,

dos sierras muy altas y muy maravillosas porque en fin de agosto tienen tanta nieve que otra cosa de lo alto dellas sino la nieve se parece; y de la una, que es la más alta, sale muchas veces, así de día como de noche, tan grande bulo de humo como una gran casa, y sube encima de la sierra hasta las nubes, tan derecho como una vira.

<sup>9</sup> De las *Cartas* de Cortés existen numerosas ediciones. El estudio más completo en torno de ellas y de estudios relativos es el de MEDINA, 1952. El estudio de Guillermo Feliú Cruz en torno de "Bibliógrafos y bibliografía de Hernán Cortés" es muy importante.

<sup>10</sup> CORTÉS, 1952, p. 64.

De uno de los pueblos lacustres vecinos de Tenuxtitán escribe: “fuí a dormir a un pueblo pequeño que está junto a una gran laguna, y casi la mitad del sobre el agua della, e por la parte de la tierra tiene una sierra muy áspera de piedras y peñas donde nos aposentaron muy bien”. Así de escuetas son las descripciones de las tierras que cruza. El medio exuberante y avasallador de las Hiberas no le provoca mayores comentarios aun cuando en ese trayecto encarece el esfuerzo humano para atravesarlo.

Es el hombre, lo que éste transforma, aprovecha, crea, hace y piensa, lo que constituye su centro de interés, lo que le conmueve, el eje fundamental de su preocupación y el elemento primordial de sus descripciones; el hombre dominador del medio, supremo ser que puede si no someter a la naturaleza a su arbitrio, sí aprovecharla, utilizar en su beneficio cuanto aquélla le brinda. El hombre individual le interesa tanto como las multitudes. Distingue y aprecia las diferencias culturales de los grupos que encuentra, sus lenguas, costumbres y formas de vida. Admira las ciudades que cruza, sus edificios, su urbanización en función del hombre, pero no es un gran descriptor ni esteta del arte indígena. En ello lo aventaja Bernal. Advierte la habilidad técnica que posibilitó la creación de ciudades y conjuntos religiosos y ceremoniales, pero ajenos a su sensibilidad los siente lejanos y es indiferente a ellos.

Estima el sentido urbanístico de pueblos y ciudades, la habilidad constructiva, el aprovechamiento de los materiales que el medio geográfico otorgó a sus habitantes: piedra, madera, adobe, paja, fibras vegetales, plumas de ave, pieles. Elogia su utilización y más aún la técnica y el arte que emplean para construir templos, palacios, albarradas, puentes; las sencillas casas de los macehuales y los suntuosos palacios de los señores. Movido por el provecho mencionará de continuo los metales preciosos, el oro y la plata, su abundancia y notable utilización, así como la de piedras preciosas. A través de sus páginas nos enteramos del vasto conocimiento que los pueblos indígenas tenían de los recursos naturales que el reino mineral les brindaba. De los vegetales Cortés advierte su rica variedad y aprovechamiento. No es un naturalista, sino más bien un agrónomo interesado en los cultivos que enriquezcan la economía del pueblo. Aprecia el cultivo del maíz y del frijol, base de la alimentación y la utilización del ají, de los tubérculos, de los frutos tropicales sápidos y abundantes, del cacao, la vainilla y el tabaco, así como las plantas medicinales, pero observa la carencia de otros muy benéficos como el trigo, la cebada, la caña de azúcar, la cual él hace plantar en sus posesiones de los valles cálidos. Será uno de

sus mozos el que primero siembre trigo en la ribera de San Cosme y Bernal Díaz el primer cultivador de naranjas. De la utilización del algodón habla con encomio y de los colorantes vegetales.

Está pendiente de la siembra y cosecha del maíz y en su expedición a las Hibueras será el grano básico para sostener la expedición. Rico y variado el mundo vegetal, temía a su parecer que ser enriquecido con los aportes europeos, capaces de alimentar con mayor eficacia y regularidad a la población.

El mundo animal, ampliamente conocido por los aborígenes, representaba fuerte sostén del pueblo. Desde Yucatán advierte que es el guajolote y los faisanes la base de su alimentación. Las gallinas de la tierra, como les llamaron, satisficieron el apetito de la hueste. Patos, gallaretas, chichicuilotos y tórtolas completaban la alimentación y eran atrapados hábilmente con redes y otros sutiles artificios en los que los indios poseían extrema habilidad.

El venado abundaba en los campos, así como el tepezcuintle, conejos, liebres, armadillos, iguanas, que proporcionaban suficientes proteínas a la población, aun cuando no la suficiente para que pudieran prescindir de ciertas formas de canibalismo. Los conquistadores aportaron piaras de cerdos que pronto se multiplicaron y constituyeron la base de la comida criolla. Del mar, de los ríos, lagunas y estanques se extraían peces y mariscos, ranas, ajolotes, charales, acociles, hueva de mosco, que enriquecía la cocina indígena.

Bien conocido y explotado fue el reino natural en todas sus variedades. Era respetado el sistema ecológico existente; protegido por serias obras de ingeniería, el medio en que se asentaban las ciudades, principalmente la capital de los señores tenochcas, y asegurado el sistema de subsistencia a base del tributo, del trabajo de los pueblos dominados, del sistema comercial en el cual los pochtecas desempeñaban un papel preponderante, utilizando una red extraordinaria de caminos que iban de mar a mar y desde el centro del país hasta Centro América, como Cortés de continuo refiere cuando cruza las tierras del sureste, las trágicas Hibueras. Este sistema comercial y de comunicación digno de todo encomio, maravilló a los expedicionarios, pues a través de enormes piraguas conducidas por numerosos remeros se realizaba un sistema de cabotaje desde más allá de Honduras hasta México. Este fabuloso sistema estaba ligado en cierto modo, con el comercio del cobre y las esmeraldas que desde el extremo de América del Sur y de Colombia se hacía. La existencia de una industria metalífera en diversas regiones, en Nueva España se tenía en la zona tarasca, y

de una metalurgia que a través de Perú, Ecuador, Panamá, Costa Rica y México mostraba sus prodigiosos adelantos, despertó la ambición de los conquistadores, los cuales aplicando otros sistemas económicos y técnicos, extinguirán bien pronto esa prodigiosa red de comunicación comercial.

La sustitución de un sistema económico que el mundo prehispánico tenía y el cual había formado a través de siglos de laboriosa experiencia, produjo no sólo el aniquilamiento de la economía de muchos pueblos, sino también el aislamiento de los mismos, la ausencia de relaciones culturales entre ellos y el que muchos quedarán totalmente marginados del desarrollo general, que bajo otros presupuestos políticos, sociales y económicos se realizó durante el largo periodo de la administración colonial.

Más importante que estos elementos que afloran a la vista, Cortés descubre otros, producto de la observación, la inteligencia, la reflexión, la inquisición científica, como eran los conceptos de tiempo y espacio. El mundo mesoamericano contó con algunos centros en los cuales el cultivo de las matemáticas fue llevado a sus más altas expresiones: la zona maya y la región de los nahuas. Con el tiempo se operó un largo ciclo de transformación de los primitivos núcleos de cazadores y recolectores a un estadio agrícola, en el cual la observación de las estaciones, el paso y derrotero de los astros y el cómputo del tiempo, hizo posible el descubrimiento de la astronomía, y la creación de calendarios agrícolas, astronómicos y rituales. La religión estuvo siempre ligada a todo desarrollo y al igual que la ciencia y la alta tecnología fue detenida por las clases dirigentes.

La concepción del cosmos que los pueblos mesoamericanos tuvieron estaba ligada con las ideas religiosas y astronómicas. Un grupo fuertemente cohesionado mantenía el saber científico y conservaba las concepciones religiosas, las sobreponía y sustituía de acuerdo con influencias ideológicas, políticas y sociales que recibía. El mundo náhuatl y el maya poseían los conceptos del hoy, del ayer y del mañana, del tiempo de los vivos y del de los muertos, del presente gozoso y del futuro que extingue la felicidad humana. También del tiempo que está más allá de los hombres, el de la eternidad. Sus calendarios marcaban esos cambios.

El espacio tenía sus concepciones y representaciones. Existía el espacio cósmico y el real. Este era mensurado y el agrimensor cobraba importancia en la medida que la mensura de la tierra servía a la economía estatal y social. Tiempo y espacio indígenas fueron sustituidos por las concepciones europeas. Los conquistadores calcu-

lan por leguas y miden extensiones y efectos por varas.

Reducido a estos límites el mundo material prehispánico, pues de no hacerlo así estaríamos obligados a presentar listas comparativas que forman largos infolios, pasemos a mostrar algunos aspectos del mundo espiritual que encontramos mencionados y son objeto de reflexión por el propio conquistador.

Muy ligado a lo anterior está la admiración que siente por las obras realizadas por los indígenas, por la utilización sabia de los recursos naturales, por la aplicación de técnicas y métodos constructivos, por la existencia de una tecnología superior. Así lo mismo alaba la muralla levantada por los cempoaltecas para defenderse de sus enemigos y la cual describe como “una gran cerca de piedra seca, tan alta como estado y medio, que atravesaba todo el valle de la una sierra a la otra, y tan ancha como veinte pies, y por toda ella un pretil de pie y medio de ancho, para pelear desde encima, y no más de una entrada tan ancha como diez pasos y en esta entrada doblada la una cerca sobre la otra a manera de rebelín, tan estrecho como cuarenta pasos. De manera que la entrada fuese a vueltas, y no a derechas”,<sup>11</sup> como elogia el enorme puente hecho para atravesar alguno de los ríos en Tabasco el cual, construido en cuatro días por los indios, requirió más de mil vigas, “que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de hombre y de nueve y diez brazas de largura, sin otra madera menuda que no tiene cuenta”. La hechura de este puente recuerda el que César proyectó para cruzar el Rin, construido en diez días. Siente así gran admiración por la inteligencia de los indios; en ningún momento estima carezcan de ella, de capacidad racional y de un impulso espiritual extraordinario.

La idea que él tiene del hombre como ser dotado de espíritu, de capacidad reflexiva e intelectual, aparece a lo largo de sus escritos y se manifiesta en toda su conducta. Cuando arriba a México, a la Nueva España, Cortés llega con una idea muy clara del hombre americano. Es la suya una dimensión subordinada al hombre universal, no una idea basada en lo antinatural, en la fantasía, en la imaginación mágica. El mundo que encuentra es un mundo que es dable mensurar y comparar y con el cual es posible el entendimiento, la conciliación y la convivencia. No es un mundo antinatural sino un mundo que tiene todas las características humanas.

Advierte de inmediato en ese mundo diferencias culturales muy marcadas: lengua, religión, costumbres y también la jerarquiza-

<sup>11</sup> CORTÉS, 1952, pp. 47, 48.



ción social, política, económica y cultural. Se da cuenta de la existencia de macehuals, de siervos como esclavos, de labradores; guerreros del común y capitanes; de señores, caciques y una casta sacerdotal amplia; de comerciantes y artesanos, en rigor de una sociedad heterogénea en la que existen rivalidades políticas y culturales muy amplias. A medida que recorre el territorio y penetra en él, observa la presencia de un poder político superior que sujeta inexorablemente a numerosos pueblos imponiéndoles gravámenes económicos, pesados trabajos y una dolorosa contribución de hombres y mujeres para sacrificarlos. Percibe un rencor escondido en el pecho de los sometidos y una ansia oculta de liberación que él aprovecha inteligentemente para fortalecerse, ampliar su número y enfrentarse a una organización político-militar aguerrida y numerosa. Cortés no encuentra una nación constituida, una comunidad cultural y de voluntades, sino un mosaico de pueblos que hablan diferente, divergen en su modo de ser, y luchan entre sí, y por sobre todos ellos un Estado militarista implacable, movido por un ideal religioso que subyuga y el cual lleva aparejado un deseo de expansión política y económica irresistible.

De sus primeros contactos con los emisarios del señor Moctezuma deduce que éste utiliza tanto una política amistosa que se vuelca en presentes y reverencias, como un sistema de asechanzas, de intimidación, pero no un enfrentamiento directo y total, lo cual sabe aprovechar inteligentemente para caer en forma sorpresiva, no carente de enormes riesgos, sobre el tlatoani en quien radica el supremo poder político, militar y religioso. En el trayecto de Veracruz a Tenochtitlan medita y valora las consejas en torno a la vuelta de Quetzalcóatl y la aparición de hombres blancos y barbados, la fuerza de los augurios que turban la tranquilidad del gobernante azteca, y apoyado también en una ciega fe religiosa que le hace sentirse protegido y amparado por su Dios, decide, seguro de los indicios de su ánimo, triunfar en la vida sin temer al fracaso de una batalla. Prefirió, como Alejandro, la gloria y no el reino ni la vida. A partir de su ascenso al altiplano “puso todo su empeño en contrarrestar a la fortuna con la osadía, y al poder con el valor, pues nada le parecía ser inconquistable para los osados, ni fuerte y defendido para los cobardes”. Desgraciadamente en la ciudad tenochca no halló un hombre prudente como Taxiles, a quien encontró Alejandro en la India, sino una fuerza militar temible a la que tuvo que desbaratar rápida e inclementemente.

Al lado de este inmenso poder militar y político, Cortés halla desde el momento en que toca en los primeros días de febrero de

1519 las islas y península de Yucatán, una población celosa de su libertad, del respeto de sus derechos y sus bienes, también desconfiada de los extraños y aun belicosa. Siente que una conducta de atracción pacífica podría resultarle favorable y lo intenta devolviéndoles los bienes que les habían quitado Alvarado y sus hombres, a quienes se impone con severidad, lo cual hará exclamar a Bernal Díaz: "Aquí en esta isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho, y Nuestro Señor le daba gracia, que doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes..."<sup>12</sup>

Al recorrer y encontrar en el litoral multitud de pueblos y de tierras magníficas para poblar y cultivar piensa en su incorporación a la Corona. No estima ya a los naturales, lo que confirmará más adelante, como meros sujetos de rescate, de intercambio de espejuelos y cuentas de colores, ni tampoco como bestias de trabajo que pueden ser llevadas a las islas para servir en las plantaciones. Su concepción de los naturales de México está ligada a la idea de su aprovechamiento para formar parte del imperio, para integrar una comunidad diferente en cultura a la de la Península, pero capaz de ser transformada. El mestizaje biológico entre españoles e indias de calidad que se inicia en Tabasco apuntala esta idea, y aun cuando recatadamente cede a Portocarrero a doña Marina, posteriormente la hará suya a más de convertirla en su confidente y auxiliar valiosísima. A partir de ese momento va a prohijar la unión de las sangres y a ennoblecer a sus descendientes. A la caída de México habrá de ligarse con la hija del jefe vencido, con la célebre Tecuichpotzin y engendrar nueva descendencia. De esas uniones las más fueron permanentes, no mera satisfacción del soldado.

En la población india encontró identidad natural, virtudes y valores que le llevaron a estimarla, a tratar de incorporarla a la cultura europea para lo cual crea instituciones adecuadas: colegios, conventos, hospitales, cuya acción cree definitiva.

Esa consideración hacia los aborígenes, cuyo número le pasma, encuentra su contrapartida en la resistencia que éstos muchas veces le oponen. Su gran número, su destreza en las armas, el conocimiento de la tierra y sus recursos, lo impele a no desear tener enemigos virtuales, sino solamente aliados amigos e indios sometidos. Si el llamado a la concordia a darse de paz no resulta efectivo, Cortés actúa como militar y político, y utiliza los medios legales que justificaban la conquista y el dominio, combate a los natura-

<sup>12</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1982, *passim*.

les, los somete con la guerra, los domina, sin que esto implique una diferenciación física ni espiritual. No lo hace por consideración ninguna sobre su capacidad racional, ni los subestima en su naturaleza por razones raciales ni espirituales. Los somete como pena sociopolítica, como resultado de la sujeción política y jurídica originada por el hecho de su dominación violenta, por el rechazo que ellos hicieron a su ofrecimiento de incorporación pacífica. Cuando permite la esclavitud y aun hace herrar a los indios, se basa en la idea común a su cultura de que el estado servil es resultado inexorable de una sujeción política y jurídica.

La jerarquización política y jurídica existente en la sociedad indígena, cuya importancia comprendió Cortés, lo llevó también a no destruirla sino a mantenerla. Por ello una vez pactada la amistad con diversos grupos no destruye su organización, sino que la mantiene y conserva a sus jefes, los cuales están subordinados por él a la Corona.

Fiel a sus raíces europeas, Cortés estima que es la cultura del Viejo Mundo la que ofrece mayores posibilidades para el desarrollo individual y social, que sus esencias civilizadoras, sus formas institucionales, su ideología humanista y profundamente cristiana, su adelanto científico y tecnológico, su secular experiencia y su capacidad de dominio, deben imperar, privar en la sociedad indígena para transformarla, para incorporarla plenamente al más poderoso imperio de la tierra. El primero se mueve por este poderoso ideal eurocentrista y su acción entera está dirigida a ese fin. Antes que Fray Pedro de Gante y que los misioneros humanistas, cree firmemente que sólo una intensa labor cultural podrá transformar a la sociedad indiana. Todos ellos no desestiman su cultura, sus aportes, su capacidad intelectual ni espiritual, pero sí están convencidos de la superioridad de la cultura europea.

En su lucha por lograr esa transformación encuentran un obstáculo insalvable, la religión; con sus ideas y práctica los indios se sobreponen en todas sus actividades, en su vida entera. La religión era el eje en torno del cual giraba la vida total prehispánica, ella constituía la explicación de su idea del cosmos, de la vida, del más allá, del arte. En todos los sectores de la sociedad ejercía su influencia, bien se tratara de aquellos grupos que aún vivían dentro del círculo de la magia, de las prácticas de hechicería, de las explicaciones primarias y simplistas, como en aquellos que poseían una visión cosmogónica amplia y habían creado una filosofía y una teología superiores y muy elaboradas. Desde el chamán y el brujo en algunos núcleos marginales hasta la casta sacerdotal superior

que poseía sus fuentes, sus escrituras, un ritual y una liturgia complicados, todo ello producto de reflexiones, simbolismos y larga experiencia, la religión normaba la existencia de todos los grupos precortesianos, principalmente del llamado Pueblo del Sol, del grupo tenochca que se volcaba inexorable sobre los demás. Aun una necesidad, la alimenticia, la indispensable para subsistir que buscaba fuentes de energía en todos los recursos naturales a su alcance, alimentos proteínicos que le conservaran vitalidad y fuerza, tuvo que ser encubierta y explicada con una razón religiosa. El canibalismo que se advierte a lo largo del desarrollo de numerosos pueblos como una necesidad, no como crueldad degenerativa, ligóse fuertemente a las explicaciones religiosas y confundiose con ellas.

Fuerza superior, esencia suprema de la cultura, la religión de los aborígenes representó el valladar más fuerte para la transformación cultural de la sociedad indígena. Cuatro siglos de intensa labor evangélica no han sido suficientes para desarraigar ancestrales creencias; prácticas que aunque se confunden con algunos principios del cristianismo, están profundamente impregnadas de ideas y formas de la religión indígena. Sincretismos, supersticiones muy diversas saltan a la epidermis de la sociedad mexicana que posee una esencia religiosa indestructible.

El conquistador, también él profundamente religioso, se mueve en buena parte por un impulso de cruzado. Cortés es el tipo de creyente convencido, del hombre poseedor de inmensa fe religiosa, del ser que aúna a su voluntad férrea y a su ansia inmensa de gloria, un aliento vital superior. Posee la fe de San Agustín y actúa con pasión en sus gestas y amores. Peca consciente del mal que hace y se hace, pero sabe comprender sus fallas y arrepentirse de ellas. No actúa hipócritamente sino que con sinceridad hace el bien, purga el mal hecho y se esfuerza por no recaer. No alardea de sus vicios y si bien mantiene su condición de putaño como lo calificó Gómara, es recatado. No se muestra rencoroso con sus enemigos aunque es duro para imponer el respeto que como jefe se le debe.

Llega a sentirse predestinado y protegido por la providencia y actúa en todo momento en forma abierta contra la idolatría. Desde su llegada a Yucatán se esfuerza por imponer el cristianismo. Derrumba los ídolos y levanta cruces aun a riesgo de violentas represalias. Es ferviente mariano, acata las formas religiosas y a los representantes de Cristo. Solicita su apoyo y consejo, pero es riguroso al disentir como hace en su viaje a las Hibueras, en el cual hace ahorcar a uno de los religiosos que lleva consigo.

Ansía para la tierra conquistada una conversión eficiente, hon-

da y sincera. Estima que entre los naturales hay una predisposición para convertirse, un "gran aparejo" para adoptar la santa fe católica y ser cristianos. Que para ello se les debe dotar "de personas religiosas de buena vida y ejemplo que los protejan e instruyan". Señala que los indios tenían "en sus tiempos, personas religiosas que entendían en sus ritos y ceremonias, y éstos eran tan recogidos, así en su honestidad como en castidad, que si alguna cosa fuera de esto a alguno se le sentía era punido con pena de muerte". Por ello solicita de continuo al emperador envíe santos y sabios religiosos, para los cuales "construirá casas y monasterios por las provincias que acá nos pareciere que convienen", y los cuales se sostendrán con el diezmo que se obtenga.<sup>13</sup>

Esta petición de religiosos de probadas virtudes la reitera y, reflexionando sobre la cristiandad que desea se establezca muy diferente a la existente en España, se opone al envío de obispos y prelados, que "siguen la costumbre que por nuestros pecados hoy tienen, en disponer de los bienes de la iglesia y en gastarlos en pompas y otros vicios, en dejar mayorazgos a sus hijos o parientes" lo cual debe ser evitado en las nuevas tierras, pues los indios no deben ver "las cosas de la Iglesia y servicio de Dios en poder de canónigos u otras dignidades" ni saber "que aquellos eran ministros de Dios y los viesen usar de los vicios y profanidades que ahora en nuestros tiempos en esos reinos usan" pues "sería menospreciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla; y sería tan gran daño, que no creo que aprovecharía ninguna otra predicación que se les hiciese; y pues que tanto en esto va la principal intención de vuestra majestad es y debe ser que estas gentes se conviertan, y los que acá en su real nombre residimos la debemos seguir y como cristianos tener dellos especial cuidado..."<sup>14</sup>

Y para concluir, debo añadir que una de las más valiosas cualidades que Cortés encontró en la Nueva España, más que sus tesoros, su ciencia, técnicas y arte, valor y capacidad de sufrimiento y heroicidad fue la bondad y limpieza del alma indígena, su arraigado e inmenso sentido religioso, su aspiración a una vida espiritual intensa y redentora, su aparejo, como él decía, a convertirse al cristianismo limpio, auténtico, ajeno a toda corrupción humana, semejante al de los apóstoles. Por ello trata de evitar que representantes de una iglesia mundana, apegada a los bienes terrenos, exenta de auténtica caridad y amor apostólico, inficione a la india sociedad.

<sup>13</sup> CORTÉS, 1952, p. 296.

<sup>14</sup> CORTÉS, 1952, p. 297.

Advierte Cortés la dificultad de una organización eclesial sin preladados, pero sugiere al monarca una forma posible que supla las dificultades que se puedan levantar, al decir:

y porque para hacer órdenes y bendecir iglesias y ornamentos y óleo y crisma y otras cosas, no habiendo obispos sería dificultoso ir a buscar al remedio dellas a otras partes, así mismo Vuestra Majestad debe suplicar a Su Santidad que conceda su poder y sean sus subdelegados en estas partes las dos personas principales de religiosos que a estas partes vinieron, uno de la orden de San Francisco y otro de la Orden de Santo Domingo, los cuales tengan los más largos poderes que Vuestra Majestad pudiere; porque por ser estas tierras tan apartadas de la iglesia romana y los cristianos que en ella residimos y residirán tan lejos de los remedios de nuestras conciencias, y como humanos, tan sujetos a pecado, hay necesidad que en esto su santidad con nosotros se extienda en dar a estas personas muy largos poderes; y los tales poderes sucedan en las personas que siempre residan en estas partes, que sea en el general que fuera en estas tierras o en el provincial de cada una destas órdenes.<sup>15</sup>

Así, excluidos de toda contaminación espiritual, sin recibir elemento ninguno de la corrupción y decadencia de la Iglesia de la vieja Europa, Cortés pensó integrar una comunidad eclesial auténticamente cristiana. Sabía que los naturales a más de ser capaces de mezclarse biológicamente con los europeos, por poseer igual condición humana, podrían comulgar en la misma fe, aspirar a la misma bienaventuranza, a hermanar también sus almas en la misma creencia. El más alto valor, el de la santidad lo encuentra Hernán Cortés en el mundo indiano y consciente de las enormes posibilidades que ello implicaba, piensa en la creación de una nueva Iglesia, una nueva cristiandad.

El conquistador, quien había sujetado con la sangre derramada y el acero a un pueblo aguerrido y numeroso, va a ser conquistado por el espíritu de los dominados, por el ansia de fe de los sojuzgados, por el inmenso anhelo de una armonía de almas movida por ideales superiores. Si él fue el iniciador de una nueva nación mediante la mezcla de razas diferentes, él también sueña en la unidad espiritual de la nueva nación.

Adelantándose a las aspiraciones de seres extraordinariamente dotados, poseedores de cardinales virtudes y cuya acción diversa en la forma deriva de la misma idea, de idéntico amor visceral y ansia salvadora: del dominico fray Bartolomé de las Casas; del lego franciscano y enorme educador fray Pedro de Gante, y del li-

<sup>15</sup> CORTÉS, 1952.

cenciado Vasco de Quiroga, Cortés planea la creación de una nueva cristiandad.

Así, en uno de los últimos párrafos de su “Quinta carta de relación” escrita en septiembre de 1526, al mencionar los esfuerzos hechos “para atraer a los naturales al conocimiento de su Creador y plantar en las vastas tierras nuestra santa fe católica, en tal manera”, afirma, “que si estorbo no hay de los que mal sienten estas cosas y su celo no es enderezado a este fin, en muy breve tiempo se puede tener que en estas partes por muy cierto, se levantará una nueva Iglesia, donde en más que en todas las del mundo Dios nuestro Señor será servido y honrado”.<sup>16</sup>

De esta suerte esa nueva Iglesia que pregonaba Las Casas, la cristiandad a las derechas a que aspiraba el obispo Quiroga y la comunión de fieles que tratara de realizar fray Pedro de Gante, era vislumbrada con inmensa claridad por Hernán Cortés.

Así, quien resistió el arrojo de miles de mexicanos, y supo librar sus flechas, tocado por un dardo brotado del espíritu, flecha de transverberación, va a ansiar no sólo la unidad biológica entre las dos razas, sino también la espiritual, la auténtica comunión de los santos que, como afirmaron los apóstoles, debía ser la Iglesia.

#### BIBLIOGRAFÍA

CORTÉS, Hernán

- 1952 *Cartas de relación de la conquista de México*, Puebla, Editorial José María Cajica (publicaciones de la Universidad de Puebla, Biblioteca Popular), 399 pp.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal

- 1982 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición crítica por Carmelo Sáenz de Santa María. Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional de México. xxxvii, 687 pp. y un suplemento de concordancias con 91 pp. y un mapa.

MEDINA, José Toribio

- 1952 *Ensayo bio-bibliográfico sobre Hernán Cortés. Obra póstuma*, introducción de Guillermo Feliú Cruz. Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. cviii, 243 pp., ils.

<sup>16</sup> CORTÉS, 1952, p. 394.

